

No andaba mejor la situación política; el Estado de Michoacán se encontraba desde mediados de año en espantosa revolución que desconocía á los poderes constituidos y proclamaba un plan francamente conservador y retrógrado: el gobierno se vió obligado á poner en campaña numerosas fuerzas, sin conseguir en modo alguno sofocar aquel formidable alzamiento, apoyado en la guerra de montaña casi imposible para quienes no conocían aquellas abruptas é intrincadas serranías. Aumentáronse las alarmas y el disgusto con la publicación de la ley que reglamentó los principios de Reforma que desde 1873 formaban parte de la Constitución. A virtud de esa ley quedó suprimida la congregación de las Hermanas de la Caridad; éstas se vieron obligadas á abandonar los establecimientos de beneficencia que á su cargo corrían, produciéndose con ese motivo disgustos de muchas especies, como el acontecido en la tarde del domingo 20 de Diciembre al dejar esas piadosas mujeres el Hospital de San Juan de Dios, cuyas asiladas se excedieron en gritos y voces de indignación contra el Gobierno, en son de irritada protesta, y en la confianza de que ello podría influir en que no se llevase adelante una medida, que en lo relativo á las Hermanas de la Caridad, dividió los pareceres y las opiniones aun en el mismo campo liberal.

En tan malos momentos fué cuando llegó á México la insigne trágica Adelaida Ristori; pero de esto hablaremos en el capítulo referente al año de 1875.

## CAPITULO XVII

1874.—1875.

Adelaida Ristori había nacido en Cividale, pueblecillo del Friul veneciano, en 1821, y fué hija de oscuros comediantes que la hicieron aparecer en escena cuando apenas contaba *dos meses*, en una comedia de Geraud, llamada *Apuros de un preceptor*. A la edad de cuatro años desempeñaba papeles de niña, y á la de doce los de criada y de ingenua. Dos años más tarde se presentó en *Francesca de Rimini*, de Silvio Pellico, y en su primer beneficio dió la pieza *Los dos fantasmas*, imitada del francés. Teniendo quince años entró en la Compañía Dramática sarda, de que mucho tiempo formó parte, y fué su primera profesora la célebre Carlota Marchionni, quien le dió importantes lecciones. En 1841 Adelaida trabajó con grandísimo bri-

llo en Parma al lado de Robotti, y en Liorna se hizo notable como dama joven, siendo entonces su género preferido el de la comedia: muy aplaudida en ésta, pronto acometió con grande lucimiento el género dramático y se ensayó en el trágico, bajo la excelente dirección de Carolina Internari. Romancescos amores, seguidos de su matrimonio con el joven Marqués Capránica del Grillo, interrumpieron durante algún tiempo su carrera escénica, y su pasión por el arte estuvo reducida á los teatros de sociedad. Una buena acción la hizo volver al teatro; en cierta noche trabajó á beneficio de un empresario arruinado, obteniendo un triunfo tal, que ante él cedieron las consideraciones de familia; y después de haber dirigido ella misma una Compañía, se contrató en la del eminente Domeniconi. Carolina Internari la hizo entonces estudiar los primeros papeles trágicos, como *Myrrha* y *Fedra*, en los cuales causó el asombro de Roma en 1849, época en que la Ciudad Eterna se vió sitiada y bombardeada: la Ristori, convirtiéndose entonces en Hermana de la Caridad, se consagró al cuidado y curación de heridos en los hospitales.

Vuelta al teatro en 1850, *Myrrha*, *Rosmunda*, *Octavia* y *Antigone* le valieron triunfos sin rival en los teatros de toda la península italiana, no menos que *Francesca di Rimini*, *Pia di Tolomei* y *María Estuardo*. Con estas obras se presentó en París en 1855: jamás actriz extranjera había allí obtenido ovaciones semejantes á las suyas, en competencia con la Rachel, cuyos agravios tenían ofendidos á los franceses: el nombre de la Ristori no se caía de los labios de todos sus admiradores; sus retratos se vendían á millares. Lamartine le dirigió composiciones en verso y el Gobierno le hizo las más brillantes proposiciones para decidirla á ingresar en la Comedia Francesa. No las admitió la Ristori, que por más de cinco años se presentó en el Teatro Italiano en la temporada oportuna, y recorrió los principales Departamentos. La consagración de su talento en París le abrió los teatros de todo el Continente, y pronto su fama se hizo verdaderamente europea. Guillermo I le otorgó en 1862 en Berlín, la gran medalla de Ciencias y Artes, y todos los monarcas y príncipes la recompensaron con altísimos honores, á imitación del Rey prusiano. En 1866 hizo furor y colectó grandes utilidades en los Estados Unidos; recorrió siempre entre el universal aplauso otras naciones de América, y en la mañana del 29 de Diciembre de 1874, Adelaida Ristori, después de haber sufrido un descarrilamiento de mal presagio en el Ferrocarril de Veracruz, hizo su entrada en nuestra Capital, al frente de su Compañía así formada: Giuseppina Stefani, Zaira Boyer, Virginia Casati, Giulia Maieroni, Carmelita Rossignoli, Graziosa Glech, María Bergonzoni, Amalia y Stella Ristori, Eduardo Maieroni, Giacomo Glech, Alberto Aleotti, Pompeo Viscardi, Cesare Ristori, Tommaso Bellesi, Napoleone Mazzidolfi, Gaspare Scheggi, Pao-

lo Ninfa Priuli, Marco Piazza, Vittorio Stefani, Francesco Verdi, Onorato Mariani, Federico Verzura, Mario Maieroní.—*Jefe Director de escena*, Cesare Ristori; *segundo Director*, Napoleone Mazzidolfi; *Administrador*, Luis Troiani; *Cajero*, Nino de Andreis; *Agente*, J. Tessero.

Esta compañía traía consigo las decoraciones necesarias, pintadas por Venier, Recanateni, Bazzani, Geani, Malagoli, Coliva, Ceccato, y Azoleno, escenógrafos de Nápoles, Venecia, Roma, Florencia, Bolonia y Turín. El vestuario era obra de Moreau y C<sup>a</sup>, de París, Sartori de Florencia y Ascoli de Roma. Los precios de abono por veinte funciones fueron, en palcos, *doscientos cuarenta pesos* y en luneta, *treinta y dos*; los eventuales, en palcos, *diez y ocho* y en lunetas *dos*.

La primera función de abono en el Gran Teatro Nacional, se dió en la noche del jueves 31 de Diciembre de 1874 con *Medea*, tragedia en tres actos, de Ernesto Legouvé, traducida en versos italianos por José Montanelli.

Sería tanto como ofender á mis lectores detenerme en ponderar los méritos de aquella sublime artista, de reputación universal. Su talento inmenso y variado no guardó analogía con el de la Rachel celebrada, á la cual tanto se quiso oponerla; la actriz italiana tuvo tanta vivacidad y expansión, como concentración y reposo la francesa. Dotada, sobre todo, de una admirable flexibilidad, era igualmente capaz de brillar y distinguirse en la tragedia, en el drama, en la comedia y aun en el sainete, facilidades que nunca tuvo la trágica francesa. En México hizose admirar en *Pia di Tolomei*, de Carlos Marengo; en *Judith*, de Pablo Giacometti; en *Maria Estuardo*, de Schiller, traducida por F. Maffei; en *Isabel Reina de Inglaterra*, de P. Giacometti; en *Angelo, tirano de Padua*, de Víctor Hugo, y en *Fedra*, de Racine, traducidas por Dall'Ongaro; en *Norma*, de Loumet; en *Deborah*, de F. Mosenthal, traducida por Gaetano Cerri; en *Renata de Francia, ó la noche de San Bartolomé*, de Giacometti; en *Maria Juana ó la Familia del Borrachón*; en *Maria Antonieta*, de Giacometti; *Sor Teresa*, de Luis Comolletti; *Lucrecia Borgia*, de Víctor Hugo, traducida por Pablo Ferrari; *Macbeth*, de Shakespeare, traducción de G. Carcano; *Los locos fingidos*, comedia de Consenza, y *Juana la loca ó la locura de amor*, de Tamayo y Baus, traducida por Dall'Ongaro.

En *Medea* el público quedó asombrado con sólo ver presentarse á la sublime artista en escena, porque la Ristori poseía, como pocas actrices, un talento particular para imprimir en todo momento á su figura, actitudes dignas de ser trasladadas al lienzo por maestros pinceles; cada escena, ó mejor dicho, cada instante de cualquier escena era un cuadro, y más de una vez el espectador artista se distraía del argumento para admirar la agrupación de las figuras correcta y naturalmente preparadas; su elocuente gesticulación, sus admirables tran-

siciones, su voz preciosamente melodiosa, tierna unas veces como arrullo de paloma, vibrante y estentórea otras, como rugido de león, causaban verdaderos estremecimientos y suspendían todo dominio de sí mismos en sus oyentes. En *Isabel Reina de Inglaterra*, el público caminaba de sorpresa en sorpresa, en un creciente maravilloso; obra especialmente escrita para ella por Giacometti, que la formó, como otras varias, siguiendo las indicaciones de la insigne trágica, muy instruída en historia y en literatura, se prestaba como *Judith*, como *Maria Antonieta*, como *Renata*, que pertenecían á ese número, á que la Ristori brillase hasta la sublimidad en situaciones por ella imaginadas y concebidas.

Se ha notado que esas piezas teatrales no pasan de una sucesión de cuadros sin verdadera trama dramática, sin sujeción, casi, á las reglas de los preceptistas: así es, en efecto, pero hechas—repito—bajo sus indicaciones, bajo su dictado pudiéramos decir, en ninguna como en ellas era más admirable la artista, porque por su voluntad la obra era una especie de monólogo en que los demás personajes apenas hablaban lo necesario, no para brillar ellos, sino para hacerla brillar á ella en lo que vulgar pero gráficamente se llama *una aria coreada*, en que todas las miradas, todas las emociones, todos los asombros eran para ella y sólo para ella. *Isabel de Inglaterra* como *Maria Antonieta*, compendiaban la vida entera de la protagonista, para que la trágica pudiera admirar en aquellos cambios de fisonomía, de voz y de manera de ser, que la actriz realzaba con un realismo y una verdad sorprendentemente maravillosos y casi únicos en ella.

Pero detengámonos en nuestras indicaciones, que podrían arrastrarnos á un estudio que no nos creemos capaces de hacer, y narremos como humildísimos cronistas que somos. Para quienes no hayan visto ni oído á la Ristori, cuanto pudiera yo decir resultaría insuficiente; para quienes la admiraron y aplaudieron, mis elogios resultarán pálidos ante sus recuerdos imborrables. Por desgracia, y con tristeza lo digo, los segundos son infinitamente más reducidos en número que los primeros. Adelaida Ristori tuvo en México muy poco público, y, á no haber sido por *Maria Antonieta*, quizás no hubiese cubierto los gastos de su estancia en nuestra Capital, durante el brevísimo tiempo de cuarenta y cuatro días que estuvo en ella, de la mañana del 29 de Diciembre de 1874 á la noche del 10 de Febrero de 1875.

Por interesadas miras políticas se ha dicho y repetido con atroz ofensa para el público mexicano, que Adelaida Ristori trabajó en nuestro Nacional casi á teatro vacío, porque los indoctos moradores de la ciudad prefirieron á la sublimidad del arte las payasadas de una Compañía de acróbatas y titiriteros, en la que lo más notable fué una trailla de *perros sabios*. Esto es enteramente falso, por lo que toca á

la sociedad educada é inteligente de la Capital, única que es capaz de comprender y admirar lo verdaderamente artístico y que dispone de recursos para sostener cierta especie de espectáculos, caros de por sí.

Antes de que la Ristori diese su primera función en 31 de Diciembre de 1874, llevaba dadas tres la Gran Compañía Martinetti-Davis en el Teatro Principal, verdaderamente buena en su género, con su notable niño equilibrista, su sorprendente japonés, sus bellas gimnastas y bailarinas, sus atrocidades, como la de *el salto por la vida*, sus pantomimas de *Yoko ó el Mono del Brasil*, de muy antiguo conocida en México, *Los Brigantes*, *Las Modistas de París*, y otras, y sus ocho perros amaestrados por Davis, á cuya voz y mando ejecutaban actos sorprendentes en que se admiraban la paciencia del profesor y el perfeccionado instinto de los discípulos. En todas y cada una de las funciones de Martinetti-Davis, el Principal efectivamente tuvo llenos casi generales y más de una noche las localidades se agotaron.

Cierto es también que cuando esa Compañía creyó conveniente retirarse, con los mismos llenos dió, á partir del 29 de Enero, sus funciones Mr. Nathans, importador del *Blac-Crook*, especie de pieza de magia ó de grande espectáculo, que fué aquí pálido trasunto de la que con éxito colosal habíase presentado en los Estados Unidos: "las decoraciones de final de acto—decía un periódico—son de un gran efecto por la combinación de luces de colores cayendo sobre los fantásticos trajes de las bailarinas, en número de diez y seis ó veinte, muy aplaudidas en los pasos de *En recuerdo de las Flores* y la *Marcha de las Amazonas*; la decoración del final del cuarto acto, al bajar la Reina de las hadas entre nubes y lluvia de oro, pareció primorosa: especial mención merece la habilidad de Carlos Dobson, que hacía diablura y media con dos bandolas, arrojándolas al aire una después de otra en el curso de las piezas que tocaba, sin perder por ello el compás y la ilación de la pieza; Mr. Lorenzon en el tímpano, era igualmente notable. En el *Talismán Mágico*, que se representó días después, los lujosos trajes, las vistosas decoraciones, los sorprendentes efectos de luz y la belleza de las bailarinas Paulina Barreta, Hattie Kelsey, Katy Bell, Nellie y Lizzie, con numeroso acompañamiento, transportaban al espectador á un palacio de hadas. El espectáculo resultaba verdaderamente bello y tanto como hasta entonces no se había visto en México.

Es verdad también, por último, y para no alargar mucho esta breve mención de esas diversiones, que á mediados de Enero el empresario Aymar abrió de nuevo su circo en Santo Domingo, con numerosa concurrencia; pero el público de ninguno de esos espectáculos era el que hubiese podido concurrir al muy artístico de la Ristori.

En las funciones de ésta sólo se habían visto las familias García Teruel, Echeverría, Rosas, Guzmán, Cisneros y alguna otra igualmente distinguida. ¿Dónde se encontraban las demás?

Dije al final del anterior capítulo, que á consecuencia de la publicación de las leyes reglamentarias de los preceptos de la Reforma, en 14 de Diciembre de 1874, la institución de las Hermanas de la Caridad se vió obligada á cesar en sus funciones en la forma prevenida por sus reglas, y á dejar todos aquellos establecimientos que hasta allí habían tenido á su cargo ó cuidado. No pudiendo, como queda dicho, ejercer su misión según las prescripciones de su instituto, las Hermanas de la Caridad se prepararon á salir para Europa y los Estados Unidos, causando esta determinación una alarma y un escándalo difíciles de pintar, en los círculos francamente conservadores ó sinceramente católicos. Eco, ó mejor quizás, voz de estas alarmas, hízose el bello sexo, ya de la Capital, ya de los Estados, lanzando á la publicidad exposiciones y protestas enérgica y duramente redactadas. Fué la primera de éstas la suscrita por las principales señoras de Guanajuato, fechada el 2 de Enero de 1874 en dicha población: iba dirigida á los diputados del Congreso general, y como una muestra del tono extremadamente enérgico y decididamente resuelto, copio el párrafo que sigue: "Habéis formado eso que se llama ley, á despecho del pueblo á quien mandabais apalear por vuestros esbirros y temblando ante las masas á quienes hacíais volver en las calles las bocas de los cañones; os habéis declarado Congreso de chacales y de tigres al anunciar que excluís el sentimiento de vuestras deliberaciones, y habéis insultado villanamente á nuestro sexo, aullando por el insulso bufón de vuestra Asamblea, que no supimos lo que firmamos al protestar contra la tolerancia religiosa, como si nosotras habláramos y escribiéramos con el cerebro trastornado por los vapores de la embriaguez y de la crápula. . . . El que combate á las Hijas de la Caridad, débiles y buenas, y las vilipendia, escupe y calumnia, es un cobarde esclavo. . . . Y ya que el miedo ha convertido en cuákeros á los hombres que aun se llaman católicos, nosotras, las mujeres, protestamos desobedecer, en cuanto nos sea posible, los edictos de los modernos Julianos. . . . protestamos no reconocer más por hermanos, ni por esposos, ni aun por hijos, á todos los que han tenido participio en la inicua expatriación de las Hermanas, y protestamos, finalmente, sufrir con gusto y con valor las persecuciones que esta franca manifestación nos atraiga."

Una mala ó torcida interpretación que se dió á un paso del Juez 6º de lo Criminal, que en la noche del 11 de Enero se presentó en la casa central de las Hermanas de la Caridad, á ordenarles que disolvieran su comunidad presidida por Sor María Ville, respetable anciana, acabó de exaltar los ánimos en ciertas familias, y en 20 del

mes citado, también las señoras de la Capital circularon una enérgica protesta que suscribían con sus nombres y apellidos lo más respetado por la virtud y la belleza, lo más elevado por la posición y la opulencia. Allí estaban las firmas de las familias Cervantes, Arango, Elguero, Bringas, Marrón, Mora, Buch, Algara, Vivanco, García Conde, Terreros, Pérez Gálvez, Echeverría, Lezama, Tornel, Illanes, Gallardo, Escudero, Zozaya, Cuevas, Vértiz, Jove, Anzorena, Tagle, Quintero, Ayestarán, Calderón, Covarrubias y cien más, ilustres por sí mismas ó por sus ligas y parentescos con las más conocidas. La protesta era mucho más medida que la de las damas guajuatenses, y sin embargo, en lo referente á las Hermanas de la Caridad, decía: "El liberalismo volteriano y la francmasonería, aliados del eterno enemigo de la paz y de la prosperidad de México, y más salvajes aún que los mismos bárbaros de nuestras fronteras, arrojan de la tierra natal á estas santas mensajeras de las misericordias del Altísimo."

Ni yo me encontraba en esos momentos en la República, como varias veces he repetido, ni me estimo capaz de escribir historia contemporánea: me limito, pues, á copiar de un historiador liberal, lo que sigue: "Pronto fué propagándose lo que pudo llamarse moda, entre el bello sexo, de firmar esta clase de peticiones procedentes de diversos puntos de la República: los periódicos conservadores publicaron, durante semanas enteras, las representaciones y las firmas; los periódicos liberales sostenían que muchas de las firmas eran supuestas, y de aquí se pasó á una polémica religiosa, agria en demasía, y más que agria, inútil."

Sin embargo de todo eso, las Hermanas entregaron los Hospitales y en el curso de Enero y Febrero de 1875 salieron de la República. Este suceso resucitó pasiones que se creían ya amortiguadas y dió pábulo á la guerra de Michoacán de que ya hemos hablado. Nadie podrá negar que la expedición de esa ley orgánica de adiciones constitucionales, era una consecuencia lógica de las de Reforma, con tanta decisión y pérdida de su sangre proclamadas y mantenidas por el partido liberal: pero su proclamación tenía que traer necesariamente esos disgustos é intranquilidades. El inmensamente grande D. Benito Juárez, tan firme en sus propósitos, tan impávido ante las enormes catástrofes de esas épocas de la República, que le valieron el título de Benemérito, no había osado hacer tal reglamentación: Lerdo de Tejada, sin medir en modo alguno sus tamaños, quiso al menos superarle en esto, y la gran familia liberal tiene que agradecerle esa valentía, que acometió, aun á costa de su descrédito, que desde entonces tomó las proporciones que fatalmente le arrastraron á una de las más estrepitosas caídas de hombres públicos consignadas en los anales mexicanos; y según he indicado no sólo las fracciones conser-

vadoras ó católicas se le tornaron contrarias, sino también muchas de las conocidamente liberales, que desde entonces empezaron á conspirar contra él. "El 22 de Julio de 1874, el Gral. Sóstenes Rocha — dice un historiador liberal — fué nombrado Jefe de la primera División residente en la Capital y compuesta de más de cuatro mil hombres. Desde que este antiguo y valiente oficial tomó el mando de esas fuerzas, comenzó á darles una activa organización. En Enero y Febrero de 1875 ya esta organización era visible á los habitantes de la ciudad, pues frecuentemente se hacían ejercicios de fuego y simulacros en las cercanías, y formaban en ellos como 5,000 hombres de tropas bien disciplinadas, vestidas y organizadas. En estas alturas se denunció al Presidente una conspiración, en la que daban por cierto que el Gral. Rocha debía ponerse á la cabeza. Ni el Presidente ni alguno de los Ministros quisieron al principio creerlo, pero se insistió en ello, y el caso fué que en un simulacro numeroso que se hizo el 27 de Febrero, el Ministro de la Guerra se presentó de improviso, y contando con la fidelidad de otros jefes impidió la consumación del proyecto, y se trajo al Gral. Rocha al Palacio, donde fué ese mismo día destituido del mando y enviado en cuartel á Celaya, para donde salió el 1º de Marzo de 1875."

Seguramente que el distinguidísimo jefe D. Sóstenes Rocha, brazo derecho del Benemérito Juárez y firme sostén de su legalidad, no podía, en modo alguno, haber estado de acuerdo con los enemigos de las instituciones liberales; luego si el Gobierno sospechó de él, es porque el general disgusto contra la administración lerdistista, lo experimentaban á su vez los más firmes y consecuentes republicanos. D. Sebastián Lerdo tuvo la fatal desgracia de no haber contentado jamás á nadie, y de hacerse al cabo impopular entre los más opuestos y disímolos bandos.

En tal estado, repito, de los ánimos de las más altas clases sociales, sostén de los espectáculos de lujo, el retraimiento fué necesaria consecuencia, y las funciones dadas por la Ristori se resintieron de ello, no llegando á verse bien concurridas hasta que la sublime trágica puso en escena *María Antonieta*, composición propia para atraer y seducir á la multitud, por versar sobre un argumento de todos conocido y fácil de comprender, aun tratado en extranjero idioma. Desde el 15 de Enero, fecha del estreno del drama de Giacometti, el público fué más numeroso en el Nacional, y Maieroní, el primer actor de la Compañía, y César Ristori, tan buen director como actor cómico, y Virginia Casati, y Stella Ristori, y la Glech y la Boyer, todas jóvenes, todas bellas, todas inspiradas, fueron poco á poco recibiendo las demostraciones de admiración y aplauso que tanto merecían, singularmente la Stefani, la digna segunda dama.

Los admiradores de la Ristori ya no se encontraron tan solos en las

fiestas lucidas y cariñosas que le dedicaron. La Sociedad literaria *La Concordia*, le ofreció una velada que la distinguida artista aceptó, honrándola con su presencia y presidiéndola. Los profesores Camacho y Careaga, la notable Adela Maza, el distinguido violinista Pablo Sánchez, la Pagliari, Zanini y María Ruiz, amenizaron la fiesta con distintas piezas de canto ó de piano, y leyeron composiciones Bianchi, Rodríguez y Cos, Carolina Poulet, Meneses, Carrillo, Manuel María Romero, Manuel Ayala y Enrique L. Abogado. Adela Maza y el tenor italiano Delsordo, recién llegado á la Capital con el pianista Núñez, fueron muy aplaudidos en un dúo de *El Trovador*. Núñez y Delsordo dieron en el Teatro del Conservatorio, en la noche del 27 de Enero, un buen concierto con el concurso de Sauvinet, Rivas y otros profesores mexicanos: de Delsordo se dijo que á su buena voz reunía buena escuela, elegante fraseo y mucho aplomo y seguridad. El pianista Gonzalo de J. Núñez agradó en extremo, y alcanzó nutridos y entusiastas aplausos: ese artista, natural de Puerto Rico, dejó en la Capital buena memoria por su talento como ejecutante distinguido y compositor inspirado. Véase que estaba muy al principio de su carrera, pero véase también que no tardaría mucho en señalarse como notabilísimo artista. Era, vuelvo á decirlo, notable compositor, cualidad meritísima que no debe faltar al ejecutante si quiere pasar con méritos propios á la historia del arte, lo que no consigue quien únicamente se limita á concertista, por notable que sea. La velada de la *Sociedad Concordia* se celebró el 22 de Enero en la casa del Lic. Rendón Peniche, y Adelaida Ristori quedó de ella muy complacida.

En la noche del sábado 6 de Febrero dió su beneficio la eminente trágica, con una traducción del drama *Juana la loca ó locura de amor*, de D. Manuel Tamayo y Baus. "Momentos hubo, dice un cronista, en que nos parecía que todo lo que pasaba era una realidad; la ficción se desvanecía ante el genio de la gran trágica, haciéndonos comprender lo bello en toda su magnificencia. En la escena terrible de los celos, cuando con una energía varonil desafía á su joven y bella rival, y le arroja un acero para que se defienda, la Ristori se levantó á inmensa altura. Cuando la Ristori aparece y demuestra á la nobleza, humillándola, que *Doña Juana* no está loca; cuando muere su esposo y ella comienza á perder la razón, y cuando se apodera del cadáver para que nadie lo toque, la ficción, volvemos á decirlo, desaparece para dar paso á la realidad. Después del de la gran trágica, nos vemos como siempre obligados á mencionar el nombre del excelente actor Eduardo Maieroní; caracterizó á *Don Felipe* con una propiedad inimitable, y en la escena de la muerte se mostró un gran artista. La Stefani estuvo admirable en el papel de *Aldara*, y en general los demás artistas secundaron perfectamente á los principales."

La Ristori fué objeto de repetidas ovaciones, tuvo regalos de diferentes corporaciones y particulares, y varias personas la felicitaron y cantaron en prosa y verso. Entre los obsequios figuraron una corona con cincuenta onzas de oro, ofrecida á nombre de los propietarios de la Lonja: una medalla de oro, obra del grabador mexicano Sebastián Navalón, encerrada en una caja hecha con madera del ahuehete llamado de la *Noche Triste*; este obsequio le fué presentado por Julián Montiel, que pronunció sobre la escena un breve y oportuno discurso. Leyéronle poesías ó discursos Manuel Estrada y Gerardo López del Castillo, y dedicáronle versos Uriarte, Ministro de Guatemala, Enrique Chávarri, Alberto Bianchi, Alberto Zaffira, Manuel Ayala, y otros. Terminó la función con el juguete *Lo que agrada á la primera actriz*, en que la Ristori desplegó sus grandes dotes cómicas, y Mozzidolfi brilló notablemente en el papel de un inglés. La Ristori declamó en castellano con mucha perfección *Los adioses de Juana de Arco*. En uno de los intermedios, la banda militar dirigida por Ríos, y la orquesta ejecutaron la *Marcha Ristori* escrita por el profesor Mariano Sánchez. Al final apareció en un pedestal cubierto de flores el busto de la eminente artista, trabajado por los hermanos Islas, habilísimos escultores, y concluida la función la sublime trágica fué acompañada á su casa por una multitud que la vitoreó, entre los acordes entusiastas de las bandas militares.

El Domingo 7 de Febrero, Adelaida Ristori se despidió del público mexicano con el drama *María Antonieta*, representado en las funciones de la tarde y de la noche: en ésta la artista recitó los siguientes versos:

"Dulce país de las flores, mi astro un día  
me condujo hasta ti de zona en zona  
para agregar á la corona mía  
una hoja del laurel de tu corona.

"¡ Ah! si la luz que de tu sol germina  
sólo un instante contemplé en el cielo,  
no olvides á la pobre peregrina  
que en tu nido de amor detuvo el vuelo.

"Gracias, gracias te da la errante artista;  
si yo al buscar aquí modesta palma  
pude hacer de tu aplauso la conquista,  
¡ ah! tú también me conquistaste el alma.

"Adiós, por siempre adiós, Edén de amores;  
dejo al partir, con entusiasmo santo,  
mis recuerdos en cambio de tus flores,  
mi corazón en cambio de tu llanto."